

APORTACION DE LAS CULTURAS SEMITAS A EUROPA EN EL PENSAMIENTO

1. Situación intelectual de la Europa.

El pensamiento europeo durante la Edad Media se hallaba centrado, sobre todo, en la teología, concebida como la ciencia suprema: "Primero hay que creer y luego filosofar" lo cual implicaba que la "Filosofía era la esclava de la teología", sin que tuviera ninguna independencia. Además, la teología y la filosofía desconocían a Aristóteles, salvo parte de su lógica, y seguían a Platón y a lo que se llamaba «neoplatonismo» que era una filosofía que abocaba mucho más a la fe y a la mística que a lo racional. Entre los autores más seguidos figuraba San Agustín, mezclado con elementos de San Isidoro y de una tradición latina un tanto trasnochada. Todo este saber se encerraba en un esquema de enseñanzas llamado *Trivium*, que abarcaba la dialéctica, retórica y gramática, y el *Quadrivium* que comprendía la aritmética, geometría, música y astronomía, ciencias todas ancladas también en una tradición latina tardía y anquilosada. Todos estos saberes se impartían en las Escuelas Catedralicias y Monacales, restringidas a la formación de los clérigos del lugar y dependientes y controladas por las directrices ideológicas del Obispo o del Abad del monasterio correspondiente.

2. Situación del pensamiento musulmán y judío.

Mientras tanto, el pensamiento árabo-musulmán y judío alcanzaba unas metas insospechadas. Traducidos multitud de libros de pensamiento y ciencia griegos, incluido Aristóteles, hindúes y persas al árabe en Bagdad, en la llamada «Casa de la Sabiduría», surgieron los primeros grandes filósofos orientales, como al-Kindī (796- h. 873), al-Fārābī (h. 870- 950) y Avicena (980-1037). Estos, junto con un gran número de científicos, pasaron a al-Andalus, surgiendo también aquí una pléyade de filósofos y científicos. Entre los filósofos, hay que contar al sufí cordobés Ibn Masarra (883-931), al que siguieron otros ilustres místicos, entre ellos, el almeriense Ibn al-Arif (1088-1141) y el gran maestro de todo el sufismo universal, el murciano Ibn Arabí (1165-1240). Aparte de esta línea mística, se dio un vigoroso florecer de la filosofía en manos del zaragozano Avempace (h. 1070-1138), del accitano Ibn Tufayl (1110-1185) y de los dos cordobeses, renovadores de la filosofía con la introducción e interpretación de Aristóteles, el musulmán Averroes (1126-1198) y el judío Maimónides (1138-1204). Ello sin contar con los judíos Ibn Gabirol (h. 1070-1141) e Ibn Paqûda (h. 1080) entre otros muchos. Índice de la gran cultura filosófica y científica de al-Andalus era la inmensa biblioteca de Córdoba, que contenía alrededor de un millón de volúmenes, sin contar con las de Toledo y Zaragoza.

3. Canales de transmisión

Todo este saber pasó a Europa la cual lo recibió con todo entusiasmo, a través de varios canales, los cuales fueron: en primer lugar, los personales, entre los cuales se encuentra, ante todo, el de Gerberto de Aurillac, Abad de Bobio y que luego fue Papa con el nombre de Silvestre II (999-1003), que vino ayudado por amigos y obispos catalanes al monasterio de Santa María de Ripoll a copiar y traducir manuscritos árabes de filosofía y ciencia. Un caso especial de transmisión personal fue el toscano Moseh Sefardí, o Pedro Alfonso después de su conversión al cristianismo (h. 1062- h. 1121), que enseñó filosofía, matemáticas, medicina y astronomía en Inglaterra y Francia. Finalmente, otro ilustre propagador del saber y filosofía árabe y judía fue el judío Abraham ben Ezra (1089-1164) que recorrió catorce ciudades europeas esparciendo las mismas enseñanzas.

Por otro lado, hay que contar con otros medios de transmisión. Aparte de la Escuela de Traductores de Toledo y de la labor de Alfonso X el Sabio en Castilla, en el Valle del Ebro y en la Corona de Aragón, se cuenta con la escuela de traducción de Tarazona, impulsada por el Obispo Miguel (1115-1151), en la cual se tradujeron al latín numerosas obras de filosofía y el Corán. Y, finalmente, en el Sudeste de Francia, entonces perteneciente a la Corona de Aragón hasta el tratado de Corbeil de 1258, se instalaron ilustres familias aragonesas y del Sur de al-Andalus, como la de los Qimhí y los Tibbónidas que pasaron primero al hebreo y luego al latín las obras científicas y filosóficas musulmanas, corriendo luego por toda Europa, renovando la vida intelectual.

4. Aportaciones más importantes al pensamiento europeo

La contribución más valiosa que el islam y el judaísmo aportaron a Europa fue la independencia de la filosofía, convirtiéndola en una ciencia aparte e independiente de la teología y de la religión. Esta filosofía dejaba de ser esclava de la fe y tenía su método propio, la razón. Una razón aristotélica, reforzada con las aportaciones de Averroes y de Maimónides, sobre todo. Además, esa filosofía y razón, podían ayudar a la teología, al servir de medio de interpretación de las Escrituras. Se supo entonces, que había textos que se podían interpretar literalmente y otros, en cambio, de forma simbólica, metafórica, gracias al uso de la razón. Estas nuevas ideas sobre la filosofía y la razón, provocaron al principio duras reacciones por parte de la Iglesia, lanzando condenas bajo pena de excomunión a quienes utilizasen a Aristóteles para hacer teología. Sin embargo, al final, se asimiló el aristotelismo y racionalismo, sobre todo gracias a Santo Tomás de Aquino (1225-1274).

Y dentro de la filosofía y teología, aportaron los musulmanes y judíos nuevos conceptos fundamentales, como los de «infinito», «nada», «intencionalidad» de la conciencia y de la voluntad, la distinción dentro de los seres creados entre «esencia» y «existencia», con lo cual resultaban ser «contingentes» (pues podían existir no) en contraposición a Dios en el cual no se distinguían estos conceptos pues era un ser que existía de modo absolutamente «necesario».

Un elemento importante de influjo musulmán en la filosofía fue la llamada «metafísica de la luz» de Avicena, que, junto con la óptica de Alhazem, se enriqueciese, por un lado, la teoría del conocimiento e incluso la mística de la que se hablará luego. Y, por otro, en arte, dando paso al gran protagonismo de la luz en el estilo gótico y en la pintura.

Todos estos conceptos, unidos a los tecnológicos y científicos, hicieron que resultasen estrechos los conductos de enseñanza habituales de los mismos y se sustituyesen las escuelas catedralicias y monacales por la Universidad. Sin embargo, esta institución también fue copiada de otras similares del islam, como era la «Casa de la Sabiduría» de Bagdad, o la universidad de al-Azhar de El Cairo, o las grandes madrasas o escuelas musulmanas. Pero incluso antes del islam, en Oriente ya había una Universidad en su pleno sentido, como era el Museum de Alejandría del siglo IV a.C. dotado de facultades, jardines botánicos, salas de disección etc.

Un campo en el que se hizo sentir un profundo influjo fue en el de la ascética, mística y filosofía moral. Las obras de los grandes maestros sufíes musulmanes antes dichos, tienen textos paralelos, a veces idénticos, en las de los místicos y ascetas cristianos, como San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, Fray Luis de León, Alonso de Orozco, Francisco de Osuna, San Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, Pedro Malón de Chaide, Diego de Estella, Juan de los Ángeles y otros. Lo mismo ocurrió con la cábala judía que, siendo traducidos al latín muchos libros de la misma, influyó en autores como Pico de la Mirándola, Juan Reuchlin, Enrique Cornelio Agripa, Paracelso y muchos más.

Otro campo de influjo musulmán fue la filosofía política. El cristianismo no se había planteado esta temática y únicamente se acercaba a ella la obra de *La ciudad de Dios* de San Agustín. Sin embargo, el islam la había desarrollado ampliamente, ante el hecho de su rápida expansión por toda la tierra habitada entonces. Así, fueron las obras de al-Fârâbî, Avicena, Avempace, Averroes, las que impulsaron este estudio en el mundo cristiano, sobre todo al instituirse las nuevas monarquías y estados modernos, frente al feudalismo medieval.

Un concepto y figura nuevas en la panorámica cristiana también se debe en gran medida al islam: se trata del robinsonismo, del hombre solitario que luego aparecerá como un intento de experimentar lo contrario del «animal político» o «animal social». Es el caso del relato de Juan Fernández (1536-1604) y de Pedro Serrano referido por Garcilaso el Inca (1540-1610) en sus *Comentarios reales*, o el del capitán Woodes en su *Un viaje alrededor del mundo*, o el solitario que aparece en el *Críticoón* de Baltasar Gracián (1601-1658) y, sobre todo, el de De Foë (1661-1731) y su *Robinson Crusoe* rehecho por otros como Wise, Julio Verne (1828-1905) y muchos más. Esta figura aparece por primera vez en Avempace y su libro *El régimen del solitario* y en la novela filosófica de Ibn Tufayl, *El filósofo autodidacto*.

Y, por fin, omitiendo otros detalles, el islam aportó un nuevo estilo de amar y de concebir a la mujer como objeto de veneración filosófica y literaria. En la cultura árabo-musulmana aparecen obras como *El collar de la paloma* del cordobés Ibn Hazm por la que trajo a al-Andalus una nueva filosofía del amor que había nacido en Bagdad en manos de los Banû Udra y que era una forma sumamente exquisita de concebir al mismo. Este libro, junto con otros muchos y, curiosamente, con la concepción cuasimística de la mujer de Ibn Arabî, abrieron las puertas al «amour courtois» y al «dolce stil nuovo» renacentistas, además de encontrarse paralelismos notables con *El libro del buen amor* del Arcipreste de Hita, con el *Breviari d' amour* de Matfre Ermengaud, con el *De amore libri tres* de Andreas Capellanus, y con la *Ley d' amors* de Guilhem Molinier, aparte de multitud de temas, situaciones, tipos y anécdotas de la poesía provenzal o italiana que se da a partir del siglo XIII.

Estas son algunos de los múltiples influjos que el mundo árabe y judío ejercieron en la filosofía europea que se vieron incrementados por la invención del papel (de más fácil y barato uso que el pergamino). Los musulmanes, aprendiendo este invento de los chinos, montaron la primera fábrica del papel en Bagdad y, en al-Andalus, en Játiva. Ello implicaba una más rápida y fácil circulación de los escritos y de los libros. Lo cual reportó grandes beneficios a la cultura europea.